

"UNA JORNADA ANTES DE ROMA". OBSERVACIONES SOBRE EL *PERSILES*

Beatriz Mariscal
El Colegio de México

La importancia que tiene Roma en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* no requiere mayor elaboración; bien sea que consideremos la obra como un peregrinaje de amor (Vilanova, Wilson), espiritual (Forcione, Lapesa), o de la vida (Chen), el relato tiene a Roma como destino y punto de resolución de la trama. Para que Periandro y Auristela puedan recuperar su verdadera identidad y cumplir con su destino, tienen que llevar a término su peregrinaje a Roma.¹

Con el *Persiles*, Cervantes mismo nos confía, se proponía competir con Heliodoro; para ello, no sólo tenía que hacer una obra que cumpliera con los cánones impuestos por el autor griego, sino que tenía que superar su modelo con una obra que llegara "al extremo de la bondad posible".²

En cuanto al género para su obra magna, Cervantes apostó por una epopeya en prosa, cuya estructura narrativa "itinerante", linear, está limitada en términos espaciales: la mitológica Tule (Tile) como punto de partida, y Roma como destino final.

Pero en esta estructura "teleonómica" (según la terminología de Molho), cuya trama comienza *in medias res* y no se resuelve hasta el final del relato (precisamente con la explicación de su principio), Cervantes introduce una serie de episodios que suspenden el hilo conductor de la trama enriqueciéndola.³

Mis observaciones se centran en uno de los episodios que tiene lugar al inicio de la resolución de la trama, cuando los protagonistas, Periandro y Auristela, acaban de tener una conversación crucial, "la primera que habían hablado en cosas de su gusto" (IV,1),⁴ que prepara la anagnórisis final.

Este episodio, que tiene lugar "una jornada antes de Roma", en un mesón, espacio privilegiado en diversas obras cervantinas, que él mismo señala en este punto como un sitio "adonde siempre les solía acontecer maravillas", tiene como protagonista a un personaje muy particular cuya participación en el relato se limita a este episodio, sin que llegue a incorporarse en la trama central. Se trata de un "gallardo peregrino" cargado de escribanías sobre un brazo y un cartapacio en la mano.

El peregrino está vestido como tal, y cumple además con la obligación de pedir limosna. Pero hasta ahí su calidad de peregrino: ni va a Roma por razones religiosas, de hecho ni siquiera parece tener demasiada prisa por llegar a Roma, ni lo que pide es propiamente limosna, sino "algún dicho agudo o sentencia que lo parezca", para preparar una *Flor de aforismos peregrinos*.

No eran pocos los libros de sentencias, refranes o aforismos que circulaban en España en los siglos XVI y XVII, los cuales gozaron de bastante éxito editorial (baste como ejemplo el intitulado *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*,

publicado por primera vez en Sevilla en 1494 y que para 1516 ya contaba con 6 ediciones sevillanas (además de las de Salamanca y Toledo de 1500). La novedad que se subraya en cuanto al que preparaba el peregrino del *Persiles*, radica en que el recopilador solicitara su material a fuer de limosna.

Este personaje se califica a sí mismo de "hombre curioso" puesto que sobre la mitad de su alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo, y ha dedicado algunos años de su vida al ejercicio de la guerra y otros, los más maduros, al de las letras. En ambos campos ha logrado destacar: "En...la guerra he alcanzado algún buen nombre, y por...las letras, he sido algún tanto estimado". Sus libros, agrega, "de los ignorantes non [son] condenados por malos, nin de los discretos han dejado de ser tenidos por buenos".

Un hombre, en suma, tan "curioso" como el propio Cervantes, que se auto-retrata en el "Prólogo" de las *Novelas Ejemplares* como soldado que había participado en la batalla naval de Lepanto y como autor de *La Galatea*, *Don Quijote de la Mancha* y el *Viaje al Parnaso*, y que al llegar a esta etapa final de su vida, se considera a sí mismo como un aguerrido Marte que tiene la otra mitad del alma dominada por Mercurio, ideal del hombre maduro y por tanto símbolo de la cordura y de la prudencia; dios que en el *Viaje del Parnaso*, en su calidad de "mensajero de los fingidos dioses", se encarga de seleccionar a los poetas, arrojando al mar a los "poetas de gramalla"; y por Apolo, protector de la poesía y de los buenos poetas, quien, en tanto profeta conocedor nada menos que de la voluntad de Zeus, su padre, le ha dado a Cervantes "aquel instinto sobrehumano/ que de raro inventor tu pecho encierra".

Pero a pesar de esos logros en su vida, que lo habían hecho mostrarse con "alegres ojos" en el mencionado auto-retrato de *Las novelas ejemplares*,⁵ se acerca al final de su vida padeciendo "necesidad", la cual, si bien sirve para avivar su ingenio "con su no se qué de fantástico e inventivo", no le permite olvidar el mezquino pago que ha recibido tanto por una actividad como por la otra.

Es por ello que antes de poner punto final a su *Persiles*, Cervantes crea este personaje "oportunista", que pretende medrar con el esfuerzo de los demás, para hacer una última reflexión sobre la injusta remuneración que recibieron sus esfuerzos como soldado y como "productor" de libros. Cervantes, bien lo sabemos, nos proporciona sendas reflexiones sobre la literatura a todo lo largo de sus obras. Genio creador, mucho meditó sobre los modelos literarios que llegó a transformar para crear nuevos modelos que habían de proyectarse triunfalmente al futuro, pero también nos proporciona interesantes reflexiones sobre el quehacer literario de su momento y, en particular, sobre los efectos prácticos de la producción literaria mediada por la imprenta que, además de multiplicar mecánicamente los textos, multiplicaba los intermediarios en perjuicio del autor.

No cabe en este trabajo hacer un recuento de todas las ocasiones en que Cervantes se ocupa de este tema, me ceñiré a las que aparecen en el capítulo del *Persiles* que

vengo comentando, en el cual Cervantes utiliza como vehículo de sus reflexiones un recurso propio del modelo de Heliodoro, el uso de sentencias o aforismos, una modalidad discursiva de la que había echado mano con tanto éxito en el *Quijote* para desarrollar la personalidad de Sancho.

No estamos, como había sido el caso en el *Quijote*, ante la utilización de refranes como parte integral y esencial del discurso de los protagonistas, sino que, aprovechando el carácter doctrinal propio de los aforismos, Cervantes pretende elevar la experiencia personal de sus personajes, y a través de ellos, la suya, al nivel de regla universal.

Lo que pide el peregrino español son "sentencias sacadas de la verdad", o cuando menos que lo *parezcan*, a lo que Ruperta, Auristela, Constanza y Belarminia, todas ellas reunidas en el mesón, responden con sentencias que preconizan la honestidad como valor supremo de la mujer, honestidad que determina toda la trayectoria de la heroína de la tragedia, Auristela/ Sigismunda, constituyendo así una "verdad" que rige al relato. Si se actúa en contra de esta verdad y se deja llevar por la pasión, el matrimonio se convierte en "la más pesada carga".

A pesar de las declaraciones contundentes sobre la honestidad y el matrimonio que aparecen aquí, Cervantes suaviza la primera con la posibilidad de enmienda, según propone la sentencia que ofrece la Peregrina de Talavera: "Más quiero ser mala con esperanzas de ser buena, que buena con propósito de ser mala", al tiempo que, con respecto al matrimonio, deja abierta una rendija en su argumentación al poner en boca de la última de las "damas" que ofrecen su "verdad", la hermosa Deleasir, una sentencia que coloca todo bajo el dominio de la suerte: "Sobre todas las acciones desta vida tiene imperio la buena o la mala suerte; pero más sobre los casamientos".

Los hombres, por su parte, hacen referencia en sus sentencias a la guerra, al imperio de Marte, y es aquí donde Cervantes toca el tema del reconocimiento que debiera darse a las hazañas militares, mismo que él no logró obtener.

Entre las sentencias proporcionadas por los hombres hay dos que subrayan el valor en y de las acciones militares. La primera corresponde a Croriano: "Más hermoso parece el soldado muerto en la batalla que sano en la huida", y la otra a Antonio el Bárbaro: "La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es más firme que las demás honras". Mientras que el protagonista principal, Periandro, señala: "Dichoso es el soldado que, cuando está peleando, sabe que le está mirando su príncipe".

Cervantes había participado bajo el mando de don Juan de Austria en la batalla de Lepanto, batalla que consideraba "la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan los venideros"; pero si bien la victoria de la flota cristiana sobre el infiel había de quedar grabada en "láminas de bronce", la "dicha" o remuneración en forma de cargos o prebendas que tanto buscó como recompensa a su honrosa acción como soldado, no llegó nunca. A Cervantes le faltó

la necesaria "mirada" de su príncipe, quien podría haberle dado algo más que el puesto, mal retribuido y de bajo nivel, de receptor de víveres y vituallas de la Armada Invencible.

Frente a esta realidad, Cervantes llega a observar que más le hubiera valido no desear más de lo que le tocó, pues como apunta el "corcovado zapatero de viejo en Tordesillas" Diego Ratos: "No desees, y serás el más rico hombre del mundo"; sentencia que, cabe subrayar, es la que parece la más atinada de todas al recopilador.

El declarado oportunismo del peregrino que pretende medrar a costa de otros, con "trabajo ajeno", elaborando una obra que recoge las sentencias que le proporcionan los demás, tiene, como es de esperarse, su dosis de ironía cervantina, ya que en materia de sentencias y aforismos es bien sabido que la autoría no era cosa a disputarse. Tanto los de origen culto como los que provenían del pueblo, tan admirados por Cervantes, podían ser "apropiados" por cualquiera; y así tenemos que el propio Marqués de Santillana reconoce que sus "Proverbios" fueron tomados de Platón, Aristóteles, Sócrates, Virgilio, Ovidio y Terencio, a la vez que señala que ellos mismos "de otros lo tomaron, e los otros de otros, e los otros a aquellos que por luenga vida e sutil inquisición alcançaron las experiencias e cabsas de las cosas".⁶ Lo único que no debe hacerse con ellos es usarlos sin ton ni son, como lo hace Sancho en ocasiones, provocando la irritación de don Quijote.

Independientemente de la participación que pueda haber tenido Cervantes en la "creación" de los proverbios que incluye en este y en otros capítulos de la obra, lo que importa es su apropiación atinada de los mismos, el "ingenio fantástico e inventivo" con el que los utiliza en su relato, y su *veracidad*, la cual, ni el peregrino español, ni los demás personajes, ponen en tela de juicio.⁷

La apropiación del saber tradicional, una apropiación que el peregrino está dispuesto a reconocer cuando propone cambiar el nombre de su obra de *Flor de aforismos peregrinos*, al de *Historia peregrina sacada de diversos autores*, no tiene nada que ver, de hecho, con obtener provecho propio por trabajo ajeno, como es el caso de los librereros que se apropian de las obras de quienes con su ingenio las crean.

Con el advenimiento de la imprenta, que permitía la reproducción mecánica de un texto, surgen una serie de intermediarios entre el autor, productor de una obra, y su lector o consumidor; intermediación que afectaba negativamente a los autores que se veían obligados a vender el privilegio de su obra a un librero que obtendría los beneficios de la distribución y venta de la misma, sin control alguno por parte del autor.

No es la primera vez que Cervantes se queja del injusto trato que reciben los autores de manos de los librereros, es de sobra conocido el pasaje del *Quijote* en el que don Quijote pregunta al autor con que se encuentra en la imprenta de Barcelona si tiene ya vendido el privilegio de su libro a algún librero, así como la discusión sobre las ventajas y desventajas de imprimir un libro por cuenta propia a que da lugar, con la explicación de las dificultades que implica la distribución de una

tirada de 2,000 “cuerpos”, frente al siempre injusto pago por parte de los libreros (Q II, 62). Sabemos además que Cervantes tuvo dificultades con el librero Juan de Villarroel a raíz de la venta del privilegio de imprimir sus *Comedias*.

La reflexión de Cervantes, que concentra en los libreros sus sentimientos sobre la injusta retribución que recibió por su labor creativa, se inscribe en la más general sobre la mediatización que provoca la imprenta en la relación autor-lector, ya que además de los libreros, un autor debía pasar por censores e impresores que bien podían desvirtuar o inclusive impedir la impresión y distribución de una obra, además de los consabidos patronos a quienes había que acogerse dedicándoles las obras, a fin de poder acceder al público al que estaban destinadas.

Casaldueño observaba que este episodio del *Persiles* está estructurado a base de alusiones literarias;⁸ pero lo que me interesa subrayar es que la reflexión sobre los dos quehaceres de su vida que consideraba habían de merecerle la fama, se centra en la injusta retribución que recibió por su trabajo como soldado y como escritor. La escasez de recursos económicos preocupan de tal manera a Cervantes cuando se encuentra al final de la vida, que no sólo la convierte en parte importante del episodio auto referenciado por medio del peregrino español, sino que la coloca en el punto en el que se prepara el desenlace del relato, justo después de “la primera conversación a su gusto” que tienen Persiles y Sigismunda, quienes por vez primera utilizan sus nombres propios y hablan de matrimonio y, significativamente, externan su preocupación por las dificultades que tendrán al iniciar su vida como pareja, ya que no cuentan con recursos económicos propios:

“¿qué haremos después que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lejos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las ajenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodidades”.

Al encontrarse al igual que Persiles y Sigismunda al final de su peregrinaje, “una jornada antes de Roma”, Cervantes no puede más que volver su atención sobre las injustas barreras que la “necesidad” pudo imponer a su fantástico e inventivo ingenio.

NOTAS

¹ Roma, capital de la fe, es la meta y límite del relato; como tal, incide en su organización causal.

² Cf. la Dedicatoria al Conde de Lemos de la segunda parte del *Quijote*.

³ Cf. el “Préface” de la edición y traducción al francés de Maurice Molho. Miguel de Cervantès. *Les travaux de Persille et Sigismonde. Histoire Septentrionale*. Paris: José Corti, 1994.

⁴ Todas las citas de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, de Miguel de Cervantes, proceden de la edición de Juan Bautista Avallé Arce. (Madrid: Castalia, 1969).

⁵ Cf. Germán Orduna, "Cervantes autor, el de los alegres ojos" en *Cervantes en la víspera de su centenario*. Kassel: Edition Reichenberger, 1994, págs. 61-69.

⁶ *Obras de don Ignacio López de Mendoza, Marqués de Santillana*. Ed. J. Amador de los Ríos. 1852.

⁷ En el *Quijote*, don Quijote declara: "Paréce, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas". (*Quijote* I, 21).

⁸ Cf. Joaquín Casaldueiro. *Sentido y forma de "Los trabajos de Persiles y Sigismunda"*. Buenos Aires, 1947.